



ATENEO

REVISTA QUINCENAL

Año II. Teruel 15 de Septiembre de 1893. Núm. 28

A VUELA PLUMA

LITERATURA TUROLENSE

XVIII



ÓCANOS tratar de una de las principales figuras de la Literatura Turolense, de un hombre cuyos excepcionales méritos, como escritor en general y como historiador en particular, le hacen que deba ocupar un lugar distinguido en la Historia de la Literatura Española, cuyos autores, quizá por las causas que dimos á conocer en nuestro tercer artículo, han omitido su nombre bien injustamente.

Don Bernardino Gómez Miedes, hijo de Alcañiz, en cuya ciudad nació por los años de 1520, es una verdadera gloria de su ciudad natal y uno de sus mejores literatos, quizá el primero, según sienta su biógrafo D. Nicolás Sancho y Moreno, de quien tomamos los siguientes párrafos, que inspirados en la obra de D. Felix Latassa, fuente la mejor de todas para los datos acerca de los escritores aragoneses, dan una idea muy exacta del preclaro historiador de D. Jaime I de Aragón.

Manifestó D. Bernardino Gómez Miedes «ya en los principios de su carrera literaria, grande capacidad, viveza de ingenio, recto juicio, facil elocuencia, suma aplicación, gran tino en la elección y manejo de libros, y en una palabra las mejores disposiciones para el cultivo de las ciencias. Consagrado á ellas con ardiente entusiasmo, hizo luego los mayores progresos, cimentándolos esmeradamente en la Gramática, Filosofía, Literatura, Ciencias eclesiásticas y en un perfecto conocimiento de los idiomas griego y latino.

Su bello caracter y prendas personales corrían parejas con la excelencia de su ingenio; y por eso hermanaba admirablemente la virtud más sólida, la modestia más edificante y la suave amenidad de su trato, con la prontitud de su comprensión, con la profundidad y extensión de sus conocimientos y con la cultura y elevación de su ánimo. Solo con una cosa era intransigente Gómez Miedes: con la injusticia y la doblez, que le eran insoportables.»

Este excelente retrato hecho por el historiador de Alcañiz, demuestra, bien á las claras, que el personaje de que nos ocupamos es de gran talla en nuestra literatura y que bien merecía que sus paisanos perpetuásemos su nombre, siquiera á la manera como lo hacen otras provincias, y por lo tanto, que el Ayuntamiento de su ciudad natal le dedicará un recuerdo, pues facil le sería averiguar la casa donde nació y cambiar el nombre de la calle, poniéndole el de su ilustre paisano, á semejanza de lo que con mucho gusto hemos visto que se ha hecho en la capital de la provincia,

que de este modo ha honrado la memoria de algunos sus preclaros hijos y otras personas dignas de esta distinción.

Hacia el año 1552 pasó nuestro D. Bernardino á la ciudad de Roma, donde permaneció diez años, aumentando el caudal de sus conocimientos y preparando las obras que luego dió á luz en su patria, viajando despues por el resto de Italia y por Francia, Alemania, Paises Bajos y otras naciones, hasta el año 1565 en que se estableció en Valencia, donde obtuvo una canongía y la dignidad de arcipreste de Murviedro (Sagunto). En 1585 fue propuesto por Felipe II para la silla Episcopal de Albarracín que gobernó cuatro años, muriendo en esta ciudad en 1589, y siendo enterrado en la capilla mayor de la catedral, donde recuerda su memoria esta inscripción:

Don Bernardinus Gómez Miedes, quintus hujus Ecclesiae jam á Segobricensi separat Episcopus, eamdem á se compositam reliquens, obiit pridie nonas Decembris. Anno MDLXXXIX.

La obra mas conocida de Miedes y por la cual figura á la cabeza de los historiadores turolenses, es la titulada: *De vita et rebus gestis Jacobi Primí, Regis Aragonum cognomento Expugnatoris, Libri xx*, que luego tradujo á nuestra lengua con el de *La historia del Muy Alto é invencible Rey D. Jaime de Aragón*. Acerca de esta importantísima obra, escrita primeramente en muy culto y elegante latín y que perdió algo al ser traducida al castellano, diremos con Sancho, que tiene «grandeza de pensamientos, dignidad en el modo de expresarlos, entonación propia y adecuada, cultura y naturalidad en las formas y en las ideas, erudición selecta y sabrosa y estilo natural, correcto y armonioso»; que los dos trozos de esta historia, que se copian en la descripción de Alcañiz, son verdaderamente notables, por la pureza de su lenguaje, y en particular el discurso del Gran Maestre del Hospital, y el retrato de don Jaime 1.º, en el cual se ven las grandes condiciones del autor y deja ya descubrir la tendencia filosófica que luego tomó la historia, pues analiza detalladamente la vida de

Monarca, á fin de que puedan así contemplarla, estudiarla é imítarla con fruto todos los Reyes y señores de la tierra, No harían más nuestros modernos historiadores.

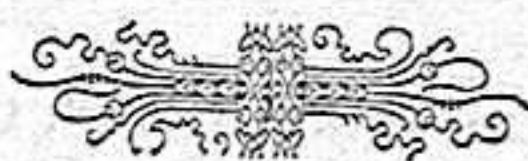
Además de la citada historia escribió este autor las siguientes obras: 1.^a *De sale*, publicada primero en cuatro libros, con el título de *Diascepseón de Sale Phísico* y después en cinco, con el de *Commentarium de Sale*. Latassa las supone dos obras distintas. 2.^a *De constantia sive de vero statu hominis. Libri vi.* 3.^a *Epítome seu Compendium Constitutionum Sanctæ Metropolitanæ Ecclesiæ Valentiniæ.* 4.^a *Enchiridión* ó Manual Instrumento de salud contra el Morbo articular ó Gota, que dedicó á Felipe II, que padecía esta enfermedad. 5.^a *De ápiibus sive de República*, manuscrito que perdió el autor en el mar, cuando venía de Roma á España, en 1575 y que debió ser notable pues el mismo Miedes, dice de el: «el cual argumento es aquí tan acepto á todos y les cuadra tanto el estilo, que cierto me dan grande ánimo para seguirlo.» 6.^a *Epístolam ad Gregorium XIII describens prodigiosum eventum cujusdam Arcula sacra deferentis, quæ ab ipsa tempestate cogente in profundum adjecta, longo post temporis intervallo in manus producta est.* Finalmente un gran número de cartas literarias dirigidas á personajes notables de su tiempo, y otros papeles y escritos que no mencionan su asunto Sancho, Latassa, ni otros autores.

El cronista Andrés de Ustarroz, en su tantas veces citada obra *Aganipe de los Cisnes Aragoneses*, dice hablando de este escritor.

El Docto Bernardino
de Miedes, que en el monte Cabalino
sus razonadas sales
gozarán alabanzas inmortales:
á quien también la Historia
ilustre debe gloria,
y de su genio grave la constancia
süaves flores brota de elegancia;
y aun la pódraga debe a su doctrina.
saludable remedio y medicina.
Albarracín se ufana ya ambiciosa
porque en ella reposa
y porque de su sede fué Prelado,
de letras y virtud feliz dechado.

Mucho más pudiéramos decir de D. Bernardino Gómez Miedes, de cuya vida y obras se ocupan extensamente, además de los autores citados; D. Nicolás Antonio, D. Ignacio de Asso, D. Antonio Campany y otros muchos, pero tenemos que hacer punto final, por no hacer demasiado extenso este artículo, y porque basta lo dicho, para que los lectores puedan juzgar la verdadera importancia que en el mundo de las letras, alcanzó este ilustre hijo de Alcañiz.

FEDERICO ANDRÉS.



EL BESO DE LA VIOLETA

HISTORIA TRISTE



STABA un día una violeta de muy mal humor. Sentía un gran calor y ni la más ligera ráfaga de aire venía á refrescar sus delicados pétalos.

Esta calma atmosférica hacía rabiar á la nerviosilla violeta.

Las auras no pasaban por allí; las brisas dormían perezosas

en el bosque que se extendía á su espalda; los céfiros andarían quizás besando las coloradas adelfas, que divisaba allá en lontananza sobre unos azulados montecillos.

Entre tanto, ella se moría de calor y ni los céfiros, ni las auras, ni las brisas, se acordaban, entretenidos como estaban, de refrescar con su refrigerante soplo la corola de la sensible violeta.

A sus pies, casi lamiendo la mata de donde había nacido, se arrastraba susurrante y parlero un arroyuelo de aguas verdinegras, pero sombreadas y frescas, que la incitaban constantemente á sumergirse en sus ondas.

Pero ella le tenía mucho miedo á las verdes ranas que saltaban en las orillas; y por otra parte, sospechaba le tendiese algún lazo el traidor arroyuelo.

Ya habíale rechazado muchas veces, cuando aquel le declaraba su amor con sus murmurios monótonos y sus risotadas de agua que se despeña.

De aquí su temor á la venganza de aquel despechado que nunca se estaba callado ni se cansaba de arrastrarse, llevando su caudal por donde más florecillas crecían. ¡Qué coquetón!

Aquel día casi estaba ella por vengarse de la prolongada ausencia del céfiro, accediendo á los amores que le canturreaba el arroyuelo, ahora con triste y melancólico susurro.

Y cada vez se sentía más abrasada por los rayos del sol, y comenzó á marchitarse uno de sus pétalos.

Miró affligida hácia los lejanos montecillos azules donde se destacaban las vanidosas adelfas y le pareció que se balanceaban.

—¡Claro!, el céfiro estaría allí, jugando con las adelfas, sin acordarse de que ella sólo era su amor, y sin sospechar que las demás le mentían para que las meciera dulcemente.

Me ha olvidado, pensó la violetilla, y no volverá más por este valle.

Y consumida de amargura y de celos la pobre florecilla, dobló su corola lentamente y se puso á mirar el agua que corría.

Entonces le asaltaron unas ideas muy extrañas.

Pensó en suicidarse, y decidida á llevarlo á efecto, fuése inclinándose poco á poco sobre las aguas para ir ahogándose pausadamente, porque se hallaba irritada hasta consigo misma.

El arroyo continuaba murmurando, al parecer indiferente sus canturias; pero muy contento interiormente al observar la actitud de la violeta, que, al fin, creyó se bajaba para besarle.

Y á ser esto verdad, tenía motivos para estar contento el solapado arroyuelo: ¡un beso perfumado de la violeta debía saber á gloria!

Algunos almendros vecinos comenzaban á columpiar, gallardos, sus ramas cuajadas de blancas y rosadas flores.

Era el céfiro que llegaba por fin y que se quedó perplejo contemplando á la violeta inclinada sobre el arroyo, como si le dijese secretos de amor, como si fuera á besarle.....

Poco á poco, fuese creciendo y, en un arrebató de ira y celos, sopló enronquecido con la furia del vendabal, arrancando de su mata á la pobre violeta, que cayó en brazos del río, el cual se arrastró entonces precipitadamente en su lecho de guijarros, rompiendo á reir con una risa sarcástica y escondiendo la preciada flor entre las verdinegras aguas de su corriente.

F. MACÍAS AMAYA.



CARTA ABIERTA.

Mi querido amigo Pepe: Chócame en extremo que me pidas consejo acerca del modo como has de componerte para desarrollar tus aficiones literarias, y digo que me choca, porque alumno más aventajado que yo, en las clases de Literatura, que juntos cursamos, mejor que yo debes estar enterado de las reglas á que deben ajustarse las diferentes clases de composiciones y mucho mejor que yo debes conocer los clásicos, cuya lectura tanto nos recomendaba el profesor y los autores contemporáneos, que tu buen gusto ha escogido, entre el inmenso número de escritores modernos y colocado en tu selecta biblioteca, donde tan buenos ratos hemos pasado, leyendo, comentando y comparando algunas obras de las que constituyen el actual movimiento literario. El porqué el más ignorante de los dos, haya dado al público algunas docenas de artículos, y el más aprovechado y estudioso no lo haya hecho, lo explican perfectamente tu modestia y mi atrevimiento. No hay otra razón para que así suceda.

¿Qué como me arreglo para enjaretar uno de esos artículos, cuyo calificativo de literarios te agradezco, pero que no tienen pretensiones de tales, á no ser que bajo esa denominación admitamos, todo lo que bien ó mal se escribe con objeto de llenar algún periódico ó revista? Pues la cosa no puede ser mas sencilla, y te lo voy á demostrar con un ejemplo práctico.

Omito, porque mejor lo sabes que yo, lo que pudiéramos lla-

mañ la preparación para escribir ó sea la lectura de los buenos modelos del género á que has de dedicar los renglones que han de salir de tu pluma, y paso á la producción de los pensamientos. Estos nacen en perfecta consonancia con el estado del espíritu, á no ser que ya tengas obligación de desarrollar alguno determinando de antemano, y aun así siempre *asomará la oreja* la idea que te domine, el suceso que te haya impresionado. ¿Estás enamorado? pues el amor formará la base de tus escritos. ¿Tienes celos de tu novia? pues ellos se dejarán ver en tu producción. ¿Qué no tienes una peseta? Pues no dudes que al escribir trinarrás contra tu mala suerte y contra los afortunados mortales llamados ricos. Y así sucesivamente.

Pero supongamos que concretándonos ya á un asunto determinado, quieras hacer un artículo relatando una historia de amores, y en ella derrochar esas manifestaciones cariñosas, que ya no conmueven por lo mucho que se ha abusado de ellas, pero que son necesarias, y quieres además que tenga un sabor moderno por un lado y por otro sentimental á uso de balada alemana, pues revuelves en tu imaginación algún suceso triste de las escenas de tu vida, lo exajeraras y desfiguraras en este sentido, y para que resulte el contraste, lo comparas con otro alegre y movido que supones sucedido con los mismos personajes, haciendo las mismas exageraciones que antes pero en sentido opuesto.

Y voy á hacer un artículo de esa clase, para que sirva de ejemplo.

Revolviendo algunas de las cosas que nos han sucedido durante nuestra vida universitaria, recuerdo cuanto querías á Josefina, la malograda hermana de nuestro condiscípulo Paco y la agradable tarde que en su torre pasamos, pocos meses antes de la muerte de tan hermosa amiga. Desfigurando la acción, trasladándola de sitio, cambiando los nombres de los personajes y aplicándome yo el muerto, es decir, tus amores ó proyectos de amor, empiezo á escribir un artículo, en el cual puedes ver, por comparación con las escenas ocurridas entonces, como de un suceso natural, puede sacarse, con unas cuantas frases de sensiblería, un artículo que pudiera titularse:

¡POBRE MAGDALENA!

Es de rigor principiar diciendo algo del lugar de la escena, de la temperatura etc., y para ello elijo la verbena de San Antonio de la Florida en Madrid, y con esto, allá va lo que puede formar la primera parte.

«¡Qué noche tan hermosa la de la víspera de San Antonio!

Ya la naturaleza había despertado del letargo, en que había estado sumida durante el invierno, y los perfumes de las flores embalsamaban la atmósfera. Esa agradable temperatura de la primavera, próxima á terminar, hacía que los pájaros, que habían abandonado ya sus nidos y guaridas de invierno, alegrasen con sus cánticos la escena y nos había permitido que nos despojásemos de los abrigos».

«Hacia poco tiempo que la había conocido en una de las tertulias que yo frecuentaba en la Corte, y ya la amaba como un loco: conocerla y no amarla era imposible.»

«Todos los amigos de la casa habíamos proyectado pasar la noche de la verbena en el campo. ¡Qué alegre estuvo antes de partir! Mientras las señoras mayores andaban ocupadas con los preparativos de la cena, todos los jóvenes estuvimos bailando, pues para tal pasatiempo no perdíamos ocasión ni momento. Era la más alegre de todos, la que nos animaba constantemente con sus ocurrencias y alegres carcajadas. Aun me parece estar oyéndola cantar aquella popular copla

La primera verbena,
que Dios envía,
es la de San Antonio
de la Florida.»

«Yo la oía y la miraba extasiado, siendo el único que no tomaba parte en la alegría general, pues como aquel amor que dentro de mí sentía, no podía estar callado por más tiempo, pensaba aprovechar la expedición al campo, para declararme.»

«Qué contenta estoy! me decía, ¿qué le pasa á usted? ¿por qué está triste? ¡me dá usted miedo! ¡tiene usted un aire muy compungido y en su cara encontraría el menos observador, motivos para un nocturno alemán!»

«En cuanto salimos de la casa me coloqué á su lado. Le pinté mi pasión, no como la sentía, que imposible fuera, sino lo mejor que pude. Encontraba en ella no sé qué de divino, de sobrenatural, que me abstraía de todo y me dominaba. Su cara parecía arrancada á un ángel de Murillo, su sonrisa abría al alma un mundo de celestiales visiones y su voz armoniosa y dulce conmovía todas las fibras de mi ser.»

«Muchas veces quedaban mis labios inmóviles, sin atreverse á expresar lo que dentro de mí sentía, porque el más leve ruido me atormentaba, haciéndome salir del extásis en que caía al contemplarla.»

«¿Qué felicidad hay comparable, á la que sentí al saber que era correspondido? Ciertó que sus deferencias para conmigo, desde el día que la dí á entender que la quería, eran bastantes para

que yo confiara en que mi cariño no había de ser mal acogido, pero no obstante, aquel «yo también os amaba ya hace tiempo,» me hizo creer que la tierra que pisábamos era el cielo, que por providencia de Dios, se había confundido con ella en aquel instante.»

«Ved, le decía, todo respira amor, el ruido de las aguas es más sonoro, más armonioso el susurro de las hojas que besa el céfiro, más sentido el cántico de las aves que habitan esas frondas. La naturaleza entera se regocija con nuestra pasión.»

«Arrastrados por el tumulto, entramos en la ermita del Santo. Jamás me han parecido tan sublimes los frescos de Goya, sus figuras, animándose, se asomaban al circular balcón de la rotunda para contemplar nuestra felicidad. Ni la multitud que invadía el paseo de San Vicente, ni las iluminaciones á la veneciana, ni los gritos de los vendedores, ni los ecos de los organillos á cuyo alrededor se formaban compactos grupos de bailadores, ni el olor penetrante del aceite hirviendo en cuyo centro chisporroteaba la masa que produce el buñuelo, molestaba ni distraía un instante nuestra atención. En la orilla del río, casi debajo del puente de los franceses, encontramos un sitio *ad hoc* para poder cenar y pasar la noche bailando, lejos de aquel gentío que invadía las cercanías de la estación del Norte y cuya algazara todavía oíamos, pero amortiguada por la distancia, llegaba á nosotros como un murmullo de alegría.»

«Bien pronto el organillo preludió la polka de una de las zarzuelas en boga y nosotros empezamos á bailar. Las desagradables notas del piano de manubrio sonaban á mis oídos mejor que las de la orquesta del Real: aquella música del popular Chueca me parecía más inspirada que la de Bellini y Mozart. Y á la polka, siguió un wals, y á este un paso doble, que bailamos sin perder un compás, y así fuimos bailando una y otra y otra pieza sin notar cansancio, aunque nuestras caras eran amapolas y el sudor caía, gota á gota, por nuestras frentes. Las horas volaban y nosotros continuábamos danzando, sin cambiar de pareja, sin cesar de hacer proyectos para lo futuro y de jurarnos eterno amor cada cinco minutos, y ni la música dejaba de sonar, ni nosotros sentíamos pasar el tiempo.»

«Mas ¡ay!, apenas pasaba la noche de su mitad, cuando el Guadarrama nos empezó á enviar *ese aire de Madrid que mata á cien y no apaga un candil*, pero que no sentíamos, á pesar de las advertencias de los padres, que notaban en sus huesos un frío para nosotros completamente desapercibido. Ebrios de felicidad ambos, no pensábamos más que en hacer interminables aquellos momentos, y ya el cabello de Magdalena despeinado por la ra-

pidez del wals azotaba á cada vuelta mis sienes y el perfume que de él se desprendía, envolvíame en una atmosfera voluptuosa que me hacía soñar en un Eden.»

«Casi amanecía ya cuando almorzábamos y en seguida partimos hacia la Villa.»

«¡Qué brebe ha sido la noche!, me decía. Si constantemente fuésemos tan felices como ahora, pasaría volando nuestra existencia y nos encontraríamos que éramos viejos sin sentirlo. ¿No te has cansado? Yo estoy rendida. Voy á cogerte á tu brazo. Así podemos hacernos la ilusión de que nos hallamos ya en la luna de miel. Concluye, por Dios, pronto esa carrera, y esta ilusión, que tan felices nos hace, será realidad. ¡Cuándo podremos pasar los días enteros, sin pensar más que en mirarnos en nuestros ojos! ¡Tres años, aun! Para mí van á ser tres siglos.»

«Yo le prometía estudiar con afán para concluir cuanto antes y le refería uno por uno todos mis proyectos de ambición y mis sueños dorados.»

«Llegamos á su casa sin cesar de hablar y aferrada á mi brazo, sin cuyo apoyo no hubiera podido dar un paso. Ambos lo atribuíamos al cansancio. Cien veces le pregunté. ¿Te sientes enferma? Estás pálida. Pero esta palidez y cansancio, al mismo tiempo que en su semblante, estaba impreso en el de todos, lo cual no era extraño, ¡habíamos bailado tanto! ¡Qué noche tan feliz la de la víspera de San Antonio!»

Y aquí da fin lo que puede muy bien pasar por la primera parte del artículo prometido. Mayor efecto puede sacarse de una de esas verbenas que juntos hemos pasado en la Corte, pues he omitido lo que pudieran llamarse rasgos característicos de ellas. Nada digo de esa multitud abigarrada de tipos ya bien conocidos por haberlos pintado casi todos nuestros modernos escritores, del singular aspecto de esas buñolerías donde se codean el aristócrata que persiguiendo á una modista baja á la verbena, el *rata* que acude con el propósito de atrapar lo que se le presente á la mano y la *cocotte* que busca en ella la conquista de aquella noche; del baile *chulo* que se forma alrededor de cada organillo ó de cada ciego que busca en ellos su jornal, de las cursis que van tras el militar B, el estudiante C ó el empleado K, y de las mil y mil sabrosas escenas que allí hemos saboreado. Perjudicarían á la acción principal y esta había de ser de gran importancia para admitir episodios, aunque estos tuvieran su cualidad mas recomendable, que como no ignoras, es la de que sean todo lo más breves posibles.

Dejo á tu discreción si la historia resulta cursi, por abuso de sensiblería, y con objeto de que á esta mala cualidad no una

la de ser también excesivamente pesada, y con aquel temor de que «nunca segundas partes fueron buenas» empiezo lo que puede ser terminación del artículo, procurando que la tristeza de las tintas, haga resultar el contraste con la animación de la primera parte, y perdona si *cargo la mano* en ello, como vulgarmente suele decirse.

«II. LA MUERTE. ¡Cementerio del Este, difícilmente se apartará tu recuerdo de mi! No se que extraña impresión produce el entrar en tu inmenso patio, que hasta á los más excepticos inunda el alma de místico recogimiento. El silencio de la muerte llena de tal modo tus ámbitos, que involuntariamente hace pensar en lo efímero de la vida humana. La aridez de los campos que te rodean, aquel corralón inmenso que te forma, sin nada que altere tu monotonía, sin un panteon que distraiga la vista, y sin un recuerdo artistico ó lujoso al menos, que llame la atención, hace mas real y duradera la imagen del ser querido que guardas en tus entrañas, hace mas intenso el dolor y convida á orar. En tus sepulturas se mezclan, revuelven y estrujan la clase media y la mísera, la hermosura y la fealdad, la inocencia y el desenfado, la honradez y el crimen, formados por manzanas y calles como las ciudades del reino de los vivos. Quizá tu constructor se propuso demostrar al mundo, al darte la forma de cimientos de un gran edificio ó aun mejor de un pueblo, que la materia que allí se pudre, como indestructible que es, forma la base de las futuras generaciones, que los gases que de allí se desprenden volverán, después de mil combinaciones, á constituir parte de otros seres humanos, es decir, que de allí salen los cimientos de los hombres que nos han de suceder. En tí desaparece el individuo y queda el objeto que paga alquiler por ocupar un trozo de terreno, y que perderá su sitio, su habitación, yéndose á fundir al montón anónimo de la madre tierra, el día que finalice el plazo del contrato. ¡Cementerio económico, cementerio del pueblo! á tí no llegan los suntuosos sarcófagos, ni los panteones, las estatuas y el oro; para tí sobran las coronas de costosas flores que custodian galoneados lacayos; tan sólo insignificantes lápidas, en que apenas cabe el nombre de aquel á quien se dedican y que no son ciertamente aquellas que hicieron exclamar al poeta «tarjetas de despedida que la vanidad nos lega» hay en tu suelo; en tí se albergan recuerdos de poco valor material, pero que son al mismo tiempo emblemas del más sincero cariño, del amor más puro, del mas perenne recuerdo, de la amistad mas verdadera. Por fin, en tu seno descansa el angel del cielo que abriendo por un breve instante mi pecho á la felicidad, desapareció para siempre, dejándome sólo y desamparado en el desierto de la

vida. ¡Cementerio del Este! ¿Cómo se ha de apartar tu recuerdo de mi?»

«Cuatro días hacía que alegre y sonriente nos animaba á todos al ir á la verbena, cuatro que yo sabía que me amaba, y en esos cuatro los sufrimientos de su enfermedad hicieron que no pareciese la misma. Su hermosísimo rostro, tan expresivo de ordinario, estaba invadido por densa palidez; sus ojos, cada vez más hundidos, habían perdido toda su expresión; sus frescos labios, que yo comparaba días antes con el color de la granada, habíanse tornado blancos y en ellos se presentada una espuma sonrosada procedente de su pecho, el cual por su ruido semejaba una máquina de vapor.»

«Pasé cuatro días horribles, que me hicieron envejecer cuatro lustros, sin moverme de su lado.»

«Aprovechando una salida de su madre me cogió una mano entre las suyas y con voz ahogada por su fatigosa respiración me dijo: Me estoy muriendo, júrame que no me has de olvidar, que no amarás jamás á otra mujer y moriré tranquila.»

«No sé que le contesté para procurar distraerla, cuando observé que sus ojos se quedaron fijos en mí, al tiempo que balbuceaba mi nombre y que sus manos dejaban de apretar la mía. Se moría, y se moría sin haberle prometido cumplir lo que con tanto afán me pedía.»

«Te lo juro, grité como un loco á su oído, pero era tarde, ya no existía. Los sollozos me ahogaban y sin soltar su mano caí de rodillas junto á su cabecera sin poder llamar á nadie. Tras un breve momento, oí pasos. Era su madre. Corrí á detenerla. La pobre señora al ver que me oponía á que entrara comprendió lo que sucedía y cayó en mis brazos desvanecida.»

«¡Pobre Magdalena! Con el corazón transido de dolor y la cabeza trastornada por la emoción terrible que me causó su muerte, la acompañé al día siguiente al cementerio en unión de varios amigos de la casa. Cuando la fueron á dar tierra y con pretexto de que era un encargo de su familia, le corté un mechón de su hermoso pelo negro. Tantas y tan fuertes impresiones hicieron que, en el coche que me volvía de la Necrópolis, me diera un ataque cerebral y pasé seis días entre la vida y la muerte. Al ir mis amigos á acostarme, cuando tenía perdido el conocimiento, no pudieron abrimme una mano. En ella sujetaba el pelo de Magdalena. Al volver en sí, lo oculté junto á mi corazón. Todavía lo guardo allí.»

Y ahí tienes la historia prometida. Entre los mil defectos garrafales que contiene, tal vez el mayor sea el resentirse de falta

de época. Quizá, si la publicara aislada, se figurarían mis lectoras que es su autor un joven romántico de larga melena, que bebe vinagre á todo pasto y está mirando siempre á la luna, pero tu que me conoces, bien sabes que por el contrario, soy de los que se les ha pegado algo del materialismo del siglo y un tipo vulgar que, aunque algo soñador, no huelo á romántico absolutamente nada.

Mucho adolece de lo que emplearía un orador en la moción de afectos, es decir que el cuadro resulta algo recargado por ambos estilos, mas esa exajeración proviene de lo mucho que he intentado desfigurar una escena de las muchas que te habrán pasado, para que comprendas como puede hacerse un artículo de esta clase, y si en lo más profundo de él, encuentras algo de verdad, ten presente aquello de que no hay novela que no tenga algo de historia, del mismo modo que no hay historia, que no tenga algo de novela.

Manda como siempre á tu buen amigo,

ANDRÉS EL TORNERO.



Los trabajos que el Ateneo está haciendo para llevar á cabo la feliz idea de celebrar un segundo certamen científico, literario y artistico, están casi ya tocando á su fin, pues no sólo cuenta la Junta Directiva con un número grande de premios, sino que además la comisión encargada de redactar el programa, está ya para terminar su cometido y es muy posible que este vea la luz en el próximo número de la Revista.

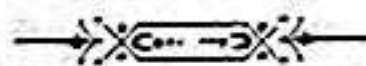
Cumpliendo con el ofrecimiento de dar á conocer á nuestros lectores los nombres de los donantes de premios, diremos que, hasta de ahora, se han recibido en la Secretaría del Ateneo, los

ofrecimientos de S. M. la Reina Regente; del M. I. Sr. D. Juan José Jaramillo, Gobernador civil de esta provincia; de la Universidad literaria de Zaragoza; del Claustro de Catedráticos del Instituto provincial de 2.^a enseñanza; de los Diputados á Cortes por esta provincia, D. Antonio López de Tejada, D. Leoncio Torán, D. Augusto Comas y D. Tomás M.^a Ariño; de los Senadores Don Francisco Santa Cruz y D. Eugenio Cemborain España; y de los Sres. D. Domingo Gascón, Cronista de la provincia, D. Pablo Martínez Pardo y D. Carlos Prast, teniendo muy buenas noticias y casi seguridad de otros tantos, que se están esperando para adjudicarlos á los temas correspondientes, único requisito que falta para que el programa vea la luz pública.

Comprendiendo la comisión encargada del programa, que los temas que quedaron desierto en 1891, eran en su mayoría de gran importancia, acordó en sesión del día 12 del actual, que queden subsistentes, con pequeñas modificaciones hechas al objeto de simplificar algunos de ellos, así es que podemos adelantar, á nuestros lectores, que en el programa figurarán, el que en el anterior ocupaba el número 3, ó sea Leyenda poética sobre un acontecimiento histórico de la provincia, el número 4, subdividido en dos; uno referente á un drama en verso basado en un episodio de la historia de Aragón, que oportunamente se fijará, y otro á una comedia de costumbres aragonesas; el 7.^o ó sea Resumen histórico de la ciudad de Teruel; el 9.^o Reseña histórica de algunas calles y plazas de Teruel; el 12.^o Veneros de riqueza en la provincia de Teruel y medios para mejorar su explotación; el 14.^o Fantasía para piano, quarteto ó pequeña orquesta sobre motivos de la ópera «Los Amantes de Teruel;» y el 15.^o Rapsodia de algunos Cantos populares de Aragón, para piano, orquesta ó banda.

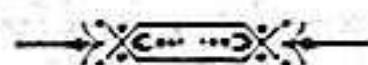
También se acordó, apesar de haber premiado las composiciones á que se refieren, que volvieran á comprenderse en dicho programa, el tema 5.^o del anterior, ó sea: Poesía de asunto y metro libre, el 16.^o: Busto ó estatua de un aragonés ilustre; el 17.^o Cuadro ó boceto representando una escena de la historia de esta provincia, ó retrato de alguno de sus varones ilustres, tema que ha elegido el Diputado á Cortes é inteligente pintor, D. Augusto Comas y Blanco, asignándole como premio un magnífico ejemplar lujosamente encuadernado de la Exposición Internacional de Madrid de 1892, con más de 100 fotograbados de los principales cuadros que en ella figuraron, y otro en iguales condiciones, de la Exposición Nacional de 1890, con 80 fototipias de J. Laurent y C.^a; y finalmente el tema 18.^o Obra maestra de cualquier arte ú oficio.

Faltando conocer algunos de los temas que imponen los señores donantes de premios, y estando en estudio los demás, terminamos estas noticias, que creemos han de agradecernos nuestros lectores.



Nuestro querido amigo D. Luis Márquez, Secretario de la Sección artística del Ateneo, ha obtenido por oposición una plaza en la Catedral de Tarazona.

Reciba nuestra más cordial enhorabuena tan inteligente cantante, que deja un vacío entre nosotros difícil de llenar.



El Ateneo Caracense y Centro volapükista español, con motivo de las fiestas que se verificarán en Guadalajara, en el mes de Octubre próximo, celebrará unos juegos florales. Consta el programa de diez temas y el plazo de admisión termina el 8 de Octubre. Los que deseen enterarse de los detalles de esta fiesta, pueden pasarse por la Secretaria de este Centro donde se les facilitará el programa.

LIBROS RECIBIDOS.

Las malas lecturas.—Sermones dialogados y al aire libre por un cura sin sotana, original de nuestro querido colaborador don Manuel Polo y Peyrolón. Un folleto de 64 páginas. Madrid 1893. Donativo del autor.

Ida.—Tradición suiza, original del conocido colaborador de esta REVISTA, D. J. Villasclaras Rojas. Folleto de 44 páginas. Velez-Málaga 1891. Donativo del autor.

Theara.—Drama en cinco actos y en prosa, original de D. Manuel Lorenzo D' Ayot director de *La Reforma Literaria*. Folleto de 64 páginas. Madrid 1893. Donativo del autor.

Cant á la mare.—Poesía llemosina premiada en los jochs florals celebrats enguany por Lo Rat Penat, original de D. Francisco Barber y Bas. Folleto de 14 páginas. Valencia 1892. Dos ejemplares con dedicatoria. Donativo del autor.

Evidencia de la reencarnación, por Florencio Pol. Folleto de 28 páginas. Madrid 1893. Donativo del autor.

Desde el número próximo se empezarán á publicar en esta sección todos los donativos que se hagan á la Biblioteca del Ateneo, sintiendo no poder hacerlo con los recibidos anteriormente, por la gran extensión que ocuparían y la falta de espacio.

La Junta del Ateneo y la Redacción de esta Revista agradecerán mucho cuantos donativos se les haga con este objeto.